



Trabajos literarios realizados en el

**Taller literario de la Embajada Argentina en Francia**  
dirigido por **ALICIA DUJOVNE ORTIZ**

**PSICODRAMA ESPONTÁNEO**

por **MIGUEL RODRÍGUEZ AYÇAGUER**

## PSICODRAMA ESPONTÁNEO

Dentro de dos horas el banco habrá cerrado sus puertas y concluirá mi jornada de trabajo. La compañera que ocupa el escritorio vecino, atiende el teléfono.

-- Es para vos. El jefe quiere hablarte.

Salió a almorzar y no ha regresado. Miro el reloj: 16 horas. Está en un bar en la calle Arenales, dice.

-- José, necesito cigarrillos. En el segundo cajón de mi escritorio hay dos cartones, tráigame uno.

Los bares venden cigarrillos. Si me llama es porque me necesita. Ha vuelto a beber. Otra vez. Voy al escritorio, tomo los cigarrillos y le aviso a la contadora que salgo por un rato. Desde el día en que llegué a la oficina, el jefe optó por llamarme por mi segundo nombre; para todos soy Miguel, para él soy José.

El taxi me deja en la puerta del bar. Por la ventana lo veo en compañía de una mujer.

-- ¿La conoce a Amalia?

Sí, claro que la conozco; no es la primera vez que la amante acude en su ayuda cuando se emborracha. Juntos hemos evitado que su mujer y sus hijos lo vean regresar a casa en ese estado. Le basta una medida de whisky para emborracharse.

No es un borracho violento, se deprime y se muestra cariñoso. Sin alcohol es un tipo querible. Me simpatiza su incapacidad para poner orden en el caos de su vida.

Tuve un padre alcohólico y en mi infancia viví sus repetidas internaciones y tratamientos aversivos. Cuando salía de la clínica solo con el olor del vino, vomitaba. La reacción duraba unos meses, hasta que un amigo le decía:

-- Dale, no seas marica, tomate un whiskicito.

De ahí hasta la siguiente internación, no paraba. Con doce años lo sacaba borracho de los bares o lo recogía cuando chocaba el auto o lo volcaba en una zanja. Como a mi jefe, le bastaba una medida de whisky para emborracharse.

Cuando protejo a mi jefe, miento por él y cubro sus espaldas cada vez que desaparece sin aviso y el dueño del banco anda en su busca, sé que la relación laboral se mezcla con el afecto. No somos amigos. No nos tuteamos. Siempre he respetado la distancia entre empleado y jefe.

-- Guille, deberías ir al estudio y dormir unas horas. Cuando te sientas bien, te vas a casa --dice Amalia.

-- No, estoy bien. Quiero otro whisky.

Llama al mozo y hace el pedido, que Amalia anula con una seña que el camarero entiende. Los demás parroquianos ya se han percatado de la situación.

-- Quizás Amalia tenga razón --arriesgo.

El jefe no ha tocado el cartón de cigarrillos que traje. Sobre la mesa hay un atado abierto y él tiene en la mano un cigarrillo encendido. El cenicero está lleno de colillas.

-- José, no se ofenda, pero siempre he querido preguntarle algo.

-- ¿Sí?

-- ¿Usted es gay?

La pregunta no parece sorprenderme, se diría que la esperaba o, incluso, que la deseaba.

-- Sí, lo supe desde niño. A los diez años ya tenía claro que me gustaban los chicos. Mis compañeros de aula se burlaban. Me llevó años aceptarlo y algunos más poder contárselo a alguien.

No puedo detenerme en la narración. Me siento impulsado a continuar. En un destello, veo al adolescente feliz reconociéndose en Fabrizio Lupo.

-- Supongo que resultaría evidente. Mi padre era policía. Usted sabe que para un policía no hay nada peor que un chorro. Oigo todavía la voz de mi padre: -- Prefiero un hijo chorro y no puto.

Pero nunca lo hablamos. La verdad es que de frente, nunca me dijo nada. Mi padre no hablaba de sexo conmigo. Falleció cuando yo era muy joven, no hubo oportunidad.

Una sensación de alivio me invade. Le estoy contando a mi jefe lo que nunca pude decirle a mi padre. Ahora mi jefe es mi padre. Le digo que soy gay y me acepta, sonríe, se muestra afectuoso y comprensivo. Como hubiera deseado que se mostrase mi padre.

-- Yo lo sabía –dice. Me alegra que me lo diga.

De golpe, pierdo el habla.

-- Vamos al estudio, Guille –insiste Amalia. Llama al mozo y paga la cuenta.

Se pone de pie y la imito. Salimos los tres a la calle. Llamo un taxi y espero que Amalia ayude a mi jefe a acomodarse en el asiento trasero. El taxi arranca y los despidio con la mano.

Tengo un nudo en la garganta. Me he confesado ante un padre borracho, un padre que mañana no recordará esta conversación o en la oficina simulará que nunca tuvo lugar.

Estoy a pocas cuadras de mi casa. Me cuesta caminar. Entro al dormitorio y me tiro sobre la cama, vestido. No puedo mover una pierna no puedo mover un brazo. Entro en un profundo sueño del que despierto al mediodía, liviano como si hubiese salido de bajo un derrumbe.

Al día siguiente tengo cita con mi terapeuta. Le narro la secuencia del día anterior.

-- Te mandaste un psicodrama espontáneo sin yo auxiliar; podrías haber quedado catatónico y en posición fetal en el piso del bar.